

Entre Platón y Laozi

Sobrevolando abismos

Paulina Rivero Weber

En El banquete de Platón, el comediógrafo Aristófanes narra el mito de la androginia original de la especie humana, que explicaría nuestra permanente sensación de insuficiencia o carencia. Por su cuenta, el filósofo chino Laozi, en el Dào Dé Jing, plantea la idea del “saber contentarse” como el camino hacia la dicha perdurable. La filósofa Rivero Weber analiza estas ideas tan opuestas.

para Octavio Silva Rivero

Todos los problemas ecológicos que aquejan al mundo actual tienen sus raíces en la filosofía y ésta es por lo mismo responsable de mucho más de lo que generalmente suele asumirse. Esta temeraria tesis la sostuvo el filósofo alemán Martin Heidegger y su obra puede considerarse una demostración de la misma. En este breve escrito me abocaré a mostrar en qué sentido esta idea puede aplicarse de manera fructífera al análisis de un aspecto medular del modo de vida contemporáneo: la insuficiencia humana. En palabras llanas ésta consiste en asumir que el ser humano, de manera natural, se siente incompleto e insatisfecho y que ésta es, necesariamente, su forma de vida. Las consecuencias no son solamente ecológicas, sino políticas, psicológicas y sociales en general.

Todos vivimos sumergidos en esa idea del ser humano nos demos cuenta o no. Porque, como pretendo mostrar aquí, ésta ha sido la piedra angular sobre la cual se ha construido la cultura occidental. Es verdad que apenas notamos su presencia, de la misma manera en que el pez no sabe lo que es el agua hasta que está fuera de ella: el sentimiento de insuficiencia es nuestro modo de vida y no sabemos lo que es vivir fuera de él. En tor-

no a él la publicidad teje sus redes, inoculando en las personas la idea de que carecen de algo, y haciéndoles creer que si logran alcanzar ese “algo”, serán “felices”. Con base en ese sentimiento de insuficiencia construye también todo individuo su vida, tratando siempre de “llegar a ser” algo que todavía no es, pero que seguramente si se esfuerza lo suficiente algún día será. Y a raíz de ella, evidentemente, existe una gran infelicidad, porque nunca nadie logrará de modo permanente aquello que, desde el núcleo de la insuficiencia, desea tener o ser. Quizá convenga una breve pausa y preguntarnos: ¿podemos hablar indistintamente de *tener* o *ser*? Ya Gabriel Marcel había hecho la radical distinción que luego difundió Erich Fromm: “tener” y “ser” son conceptos que remiten a dos categorías completamente diferentes de la vida. Y, sin embargo, veremos cómo ambos aspectos —lo que un individuo desea tener o ser— pueden conducir a la infelicidad si se articulan desde la idea de la insuficiencia humana.

Acotemos primeramente nuestra idea de la “insuficiencia humana”. Quizá quede un poco más clara si acudimos a la manera en que se gestó en Occidente. Y esto sucedió, como muchas otras cosas, en el ámbito filosó-

fico. Porque, como bien lo señaló Heidegger, los efectos de la filosofía no son inmediatos ni pragmáticos, pero ésta construye el mundo en que vivimos. A su manera lo dijo Buda: “Somos lo que pensamos: con nuestros pensamientos construimos el mundo” son palabras del *Dhammapada*, el más bello y breve texto budista. De ese modo la filosofía no mueve palancas ni tornillos: mueve el mundo, lo crea y lo recrea constantemente incidiendo en él paulatinamente, de manera casi imperceptible.

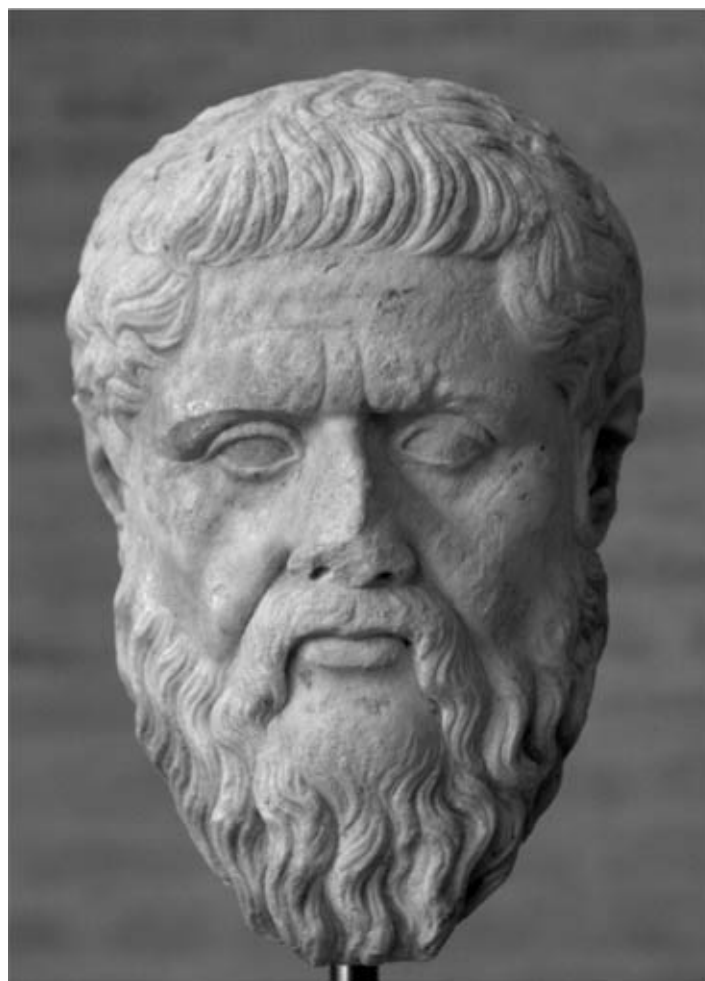
El origen de lo que hemos llamado la “insuficiencia humana” se encuentra claramente expuesto en el que quizá sea el más bello diálogo platónico: *El banquete*. En él se narra un festejo en el que los comensales llevaron a cabo una serie de alabanzas al amor. De todas ellas, son dos las propuestas que con justa razón han captado la atención de filósofos y psicoanalistas de todos los tiempos: la que enuncia Aristófanes y la que es narrada por Sócrates. Ambas propuestas implican una cierta concepción no sólo del amor, sino del ser humano en general y, como veremos, ambas se complementan una a la otra.

Primeramente Aristófanes narra el mito de los andróginos: antes de que existiera el ser humano existían unos seres muy poderosos. Su poder radicaba en la fuerza propia de la entereza: tenían cuatro piernas, cuatro brazos, dos cabezas. Esta “entereza”, ese estar completos, hacía que estos seres no requirieran nada fuera de sí mismos. Pero era tal su fortaleza que los dioses, temerosos, los

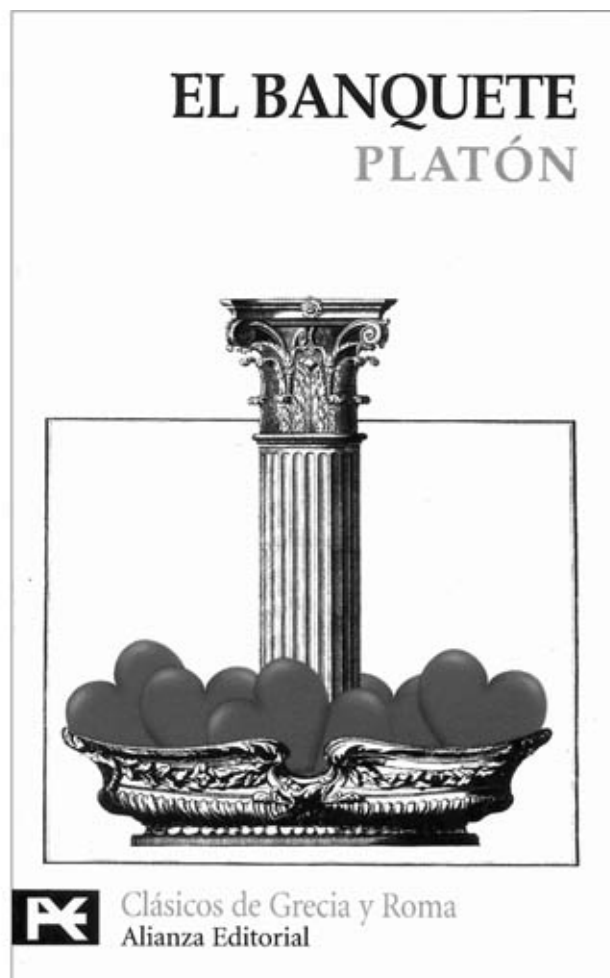
partieron en dos: así surgió el ser humano. De ahí que desde entonces éste se viva a sí mismo como un ser carente, insuficiente, que constantemente busca la parte perdida, que en buen griego se decía *symbolon*: un ser humano siempre es el símbolo, la parte faltante del otro. Para Aristófanes ésta es la explicación de la constante búsqueda del amor: no podemos dejar de buscar nuestro símbolo, aquél con el que deseamos encontrar la plenitud. Casi toda literatura occidental, toda música vernácula y toda creación cinematográfica —que tanto influyen en la mentalidad actual— están permeadas por esta concepción del ser humano como un ser insuficiente que requiere encontrar la suficiencia fuera de sí.

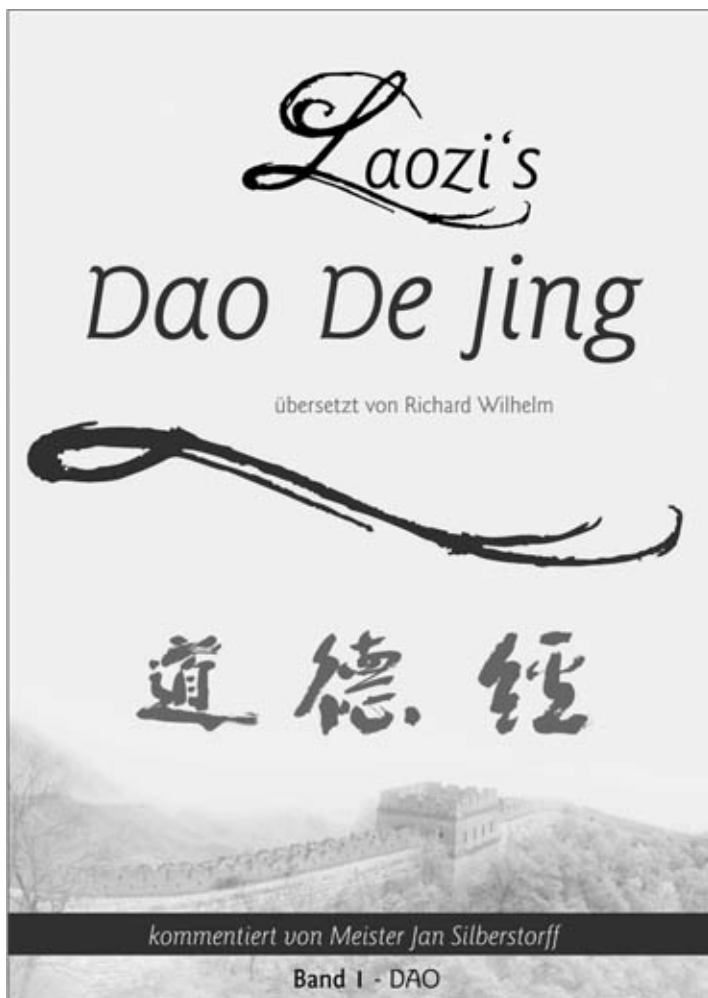
Sócrates enriquece el significado de este mito con otro acerca de la condición humana. Cuenta que Poros, la abundancia, quedó dormida tras un banquete y Penia, la penuria, la carencia, se aprovechó de su estado para aparearse con ella. De la unión de Poros y Penia nació Eros, el amor. Éste, como digno hijo de sus padres, siente la penuria y la carencia, y ella le impulsa a salir en busca de su completud. Al encontrarla se siente pleno, pero no por mucho tiempo, pues siempre vuelve a caer en la penuria, que nuevamente le impulsa a buscar algo que le haga sentirse pleno.

La genialidad de Sócrates consiste en ir más allá de lo expresado por Aristófanes. Para ambos la carencia o la insuficiencia humana es ontológica, esto es: constituye



Platón





al ser humano y no se puede escapar de ella. Para Aristóteles la carencia se subsana al menos temporalmente al encontrar la otra mitad que nos complementa: eso es el amor. Sócrates, el filósofo, extiende la búsqueda de completud originada por el sentimiento de carencia a todo posible quehacer humano. Esto quiere decir que todo cuanto hacemos, cualquier creación cultural, cualquier acción en el mundo, busca satisfacer aunque sea parcial y temporalmente la radical y en realidad insalvable insuficiencia humana. Con base en esta concepción del ser humano no existe posibilidad alguna para poder conformarse con la vida: está condenado a ir del deseo provocado por el sentimiento de carencia, a su satisfacción, en donde cree que encontrará finalmente la plenitud.

El daoísmo de Laozi también considera que el ser humano vive constantemente insatisfecho, pero en lugar de hacer de ese sentimiento el motor de la vida, propone algo radicalmente diferente: saber conformarse. Es usual que un occidental encuentre absurda o inviable esta propuesta. La pregunta que surge de inmediato es: ¿cómo pretender conformarse con un mundo en el estado en que se encuentra el mundo actual? ¿No hace falta más bien luchar por un mundo mejor? En segundo lugar, si acaso se aceptara la necesidad de saber conformarse la pregunta sería: ¿qué puedo hacer, qué tengo que hacer

para encontrar ese contento del que sabe conformarse? A la primera objeción la respuesta es sencilla: Laozi considera que el mundo está como está precisamente porque nadie ha aprendido a conformarse: ni ricos ni pobres, ni gobernantes ni gobernados. De hecho en un mundo de “conformes” no existirían ni ricos ni pobres. Ahondaremos en esta idea más adelante. La segunda objeción es tan simple de refutar que suele ser extremadamente difícil de captar para el oído occidental. La formulación más clara la he encontrado en la versión de Goudien del *Dào Dé Jing* (o *Tao Te King*, como antaño se nombraba). Ahí, el capítulo A3 explica:

El más grande de los males es tener muchos deseos;
el más doloroso de los defectos es la ambición,
la mayor de las desgracias es no saberse nunca
[contento.
El verdadero contento es saber contentarse; ése es el
[contento perdurable.

Se trata de una idea tan simple, que resulta terriblemente difícil de comprender: el verdadero contento no se logra haciendo nada en particular, sino precisamente dejando de hacer, dejando de desear. El que aprende a contentarse deja de ir de la penuria a la abundancia, porque deja de ir del deseo a su satisfacción. No se trata de desear no desear: eso es un absurdo. Se trata de aprender a disfrutar lo que es, lo que hay, y dejar de querer siempre algo diferente. Claro: esto sería viable si todos lo intentaran: es difícil hacerlo cuando caen bombas en medio de una guerra, por ejemplo. De modo que el pensamiento de Laozi va dirigido antes que nada a los dirigentes políticos: son ellos los que tienen que poner el ejemplo. Wang Bi, el más grande intérprete de Laozi, siempre supo: su pensamiento es de cuño político, no de ayuda personal. Su tratado está en la misma categoría que *El príncipe* de Maquiavelo, solamente que es opuesto en todo a él.

Quizás a nuestros occidentales oídos todo esto podría sonar a “conformismo”, pero no se trata de eso. Se trata de una propuesta que difiere desde el fundamento y por lo mismo no hay lugar para hablar de “conformismo”. Porque el concepto “conformismo” se deriva de los valores y la forma de ser de un capitalismo rabioso, sistema al cual nunca se llegaría por la vía de Laozi. Para quien no sabe conformarse, pase lo que pase, logre lo que logre, la insatisfacción irá de la mano de sus logros y no podría ser de otra manera. Una persona así podrá tenerlo todo, tanto en el ámbito material como en el intelectual, académico, económico o espiritual: nunca estará conforme. Porque saber conformarse no tiene nada que ver con lo que se tiene, ni tampoco con lo que se es, ni siquiera con lo que se cree que se es. Tiene que ver con un cierto saber vivir que conduce, sim-

plemente, a estar bien, a amar la vida independientemente de tener o no tener algo, de ser o no ser alguien. Pero el taoísmo de Laozi no teje complicados argumentos para explicar lo anterior. Lanza aforismos esperando que sean como un rayo que despierte al durmiente. En esto es más parecido al pensamiento de Nietzsche, que simplemente arroja su pensamiento para aquel que pueda y desee escucharlo.

¿Es posible “saber conformarse”? En esto, como en muchas otras cosas, el *Dào Dé Jīng* parte de un elemental sentido común. Se trata simplemente de no aferrarse a demasiados deseos, de no caer en la necedad, la avidez y la ambición. Para ello, insisto, no es necesario “desear no desear”, sino simplemente saber contentarse con lo que hay. Porque el verdadero contento no es desear no desear, sino más bien dejar de lado los deseos y *zhi zu*: saber contentarse. Ésta es así una idea capital que explica y apuntala otras ideas del *Dào Dé Jīng*, como lo es la más que conocida idea de *wei wu wei*: actuar sin actuar, o como lo ha traducido Edward Slingerland: *effortless action*. Saber contentarse pertenece a este género de acciones que se llevan a cabo sin esfuerzo y requieren simplemente de un entrenamiento en el constante desapego. Es aquí en donde budismo y daoísmo se entrecruzan; no en balde de la unión de ambos surgió posteriormente el pensamiento y la práctica zen en Japón, que ha sido tan difundida en Occidente.

Es claro que ambos, Platón y Laozi, comprendieron perfectamente que los seres humanos estamos condenados a la infelicidad y podemos aspirar tan sólo a fugaces momentos de ella. Solamente que Platón hizo de esa constante carencia humana el motor de la vida, mientras que Laozi propuso una forma de superarla para lograr la paz interior. Son caminos completamente opuestos, yo diría que irreconciliables. Imaginar una plática entre Platón y Laozi quizá resulte muy difícil, pero como genios del pensamiento seguramente habrían llegado a conclusiones deslumbrantes en torno a la insuficiencia humana.

¿Puede un occidental lograr el contento propio del budista o del daoísta? Si aceptamos que todos somos seres humanos y que las diferencias culturales pueden llegar a ser comprendidas e incluso aprendidas, entonces tenemos que responder afirmativamente. No hace falta recluirse en un monasterio: basta con practicar el desapego y el saber contentarse para cambiar radicalmente la calidad de vida. Porque para vivir en paz no hace falta estar en un lugar pacífico, sin ruido o molestias: hace falta cultivar la paz al interior de sí mismo. De la misma manera para ser feliz no hace falta estar rodeado de felicidad, sino aprender a contentarse. Es tarea de toda una vida, pero, ¿para qué estamos acá, si no es para aprender a vivir e intentar transmitir lo aprendido a otros? **U**



Laozi